

Antidepresivos contra calidad de vida

Hace varios años, al descubrirse la capacidad de la fluoxetina para inhibir la reabsorción de serotonina y alargar su acción beneficiosa sobre el sistema nervioso, dicha sustancia se convirtió en la mejor opción farmacológica existente para tratar la depresión. Sin embargo, al conocerse que su uso producía impotencia, contracciones musculares, agitación, explosiones súbitas de ira y otros trastornos semejantes en porcentajes mayores a los reconocidos por la compañía productora, se perdió la fe inicial en el producto y se generó una búsqueda de alternativas naturales. Dicha búsqueda culminó con el redescubrimiento de la Planta de San Juan, empleada durante años por los fitoterapeutas y la cual funciona maravillosamente como antidepresivo, siendo nueve veces más económica que sus competidores químicos, no produciendo efectos colaterales importantes y pudiéndose vender sin receta médica. Con estas ventajas, no es de extrañar que su descubrimiento produjese el boom más grande jamás experimentado en la venta de un producto natural, con la consecuente baja en las ventas de su contraparte. De hecho, según cálculos conservadores, por cada prescripción de Prozac a nivel mundial, se prescriben 20 frascos de Planta de San Juan.

La baja en las ventas de fluoxetina obligó a los productores a reorientar el interés de sus clientes hacia otros efectos del producto. Así, los antidepresivos comenzaron a ser comercializados y prescritos como medicamento para el estrés, el sobrepeso, el insomnio, la anorexia, la bulimia, el síndrome premenstrual y el déficit atencional, lo que

es inaceptable desde el punto de vista de salud pública y fue denunciado por la Fundación Gaia ante la Defensoría de los Habitantes de Costa Rica.

Respondiendo a dicha denuncia, el Comité de Farmacoterapia de la CCSS informó claramente que los antidepresivos son de uso exclusivo para especialistas en psiquiatría, pudiendo sólo prescribirse para el tratamiento de los desórdenes afectivos depresivos y la depresión mayor y no pudiendo prescribirse ni comercializarse para otros fines. Sin embargo, tal y como lo demuestra la denuncia en cuestión, los an-

automedicación y que los mismos médicos acaben recetándolo con una cierta dejadez para problemas tan diversos como las dietas de reducción de peso, los problemas escolares, el insomnio, la adicción a la cocaína o los dolores de regla" ("Prozac, la píldora de la felicidad", en: *Cuerpo Mente*, agosto de 1995).

La prescripción ilegal de antidepresivos no sería tan alarmante si dichos medicamentos simplemente no funcionaran en los desórdenes ajenos a su campo de acción legal. El problema es que, además de no producir el supuesto alivio, pueden provocar en los usuarios daños físicos y psicológicos irreparables. Así, por ejemplo, de acuerdo a una investigación reciente realizada en E. U. por los laboratorios farmacéuticos Glaxo, el 45% de los hombres y el 27% de las mujeres usuarias de antidepresivos sufren impotencia y pérdida de deseo y, como si eso fuera poco, en sólo dicho país mueren un mínimo de 1.000 personas al año a consecuencia directa de su empleo (31 muertes por millón).

La moraleja es clara: si no quiere gastar en vano su dinero no utilice antidepresivos químicos para nada que no sea una depresión mayor. Y si no quiere correr el riesgo de quedar muerto en vida o muerto muerto, salga de su depresión entrando a un programa de manejo integral que sólo utilice herramientas amigables que le ayuden, no sólo a sentirse mejor, sino a mejorar su calidad de vida.



Max Beckmann, *La gran operación*, 1914.

tidepresivos no son comercializados directamente como medicamento para otros fines por la compañía productora, sino por otras fuentes independientes avaladas por un título profesional. Esta práctica engañosa y dañina para la salud pública ha sido denunciada en otros países por voces provenientes tanto de la medicina holística como de la medicina alopática convencional. Así, por ejemplo, refiriéndose al Prozac, el conocido médico español Josep Berdonces escribió lo siguiente: "el problema no es el fármaco en sí, sino la forma de propugnarlo con campañas publicitarias que hacen que el individuo tienda a la

Javier Ortiz, experto en salud, es director del Centro de Balance Integral y presidente de Fundación Gaia.